



LA BODEGA DE EMILIO URBANO

Alejandro López Andrada



Algunas imágenes vuelven del pasado sosegadamente, casi sin esperarlo, y, al querer atraparlas, se escurren como peces en la luz cristalina de nuestro corazón. Una de esas imágenes que, a veces, viene a visitarme y se queda flotando un instante en mi memoria para luego perderse en el fango del silencio es una en la que veo a mi padre aún joven charlando en la barra del bar de Emilio Urbano, la famosa Bodega, al pie del pozo Verdinal, con Morales, Dámaso, Fulgencio y Nicolás. Todos ellos, excepto Dámaso, no viven y hace ya muchos años que no están entre nosotros; pero para mí siguen tan vivos como entonces, cuando yo iba de niño a la Bodega y disfrutaba al lado de mi padre, o muy rara vez junto a mi abuelo Pepe Andrada, escuchando las conversaciones suculentas de la gente que, diariamente, acudía allí.

Mi manera de ser y de contemplar el mundo tiene mucho que ver con la infancia que viví en distintos lugares del barrio El Verdinal, especialmente dos: la casa de Bibiana y la famosa Bodega de Emilio Urbano, un hombre sencillo, de ancha bonhomía y con un enorme sentido del humor. La Bodega,

de alguna manera, para mí fue casi una escuela de mundología. Uno se picardeaba y se hacía mayor (metafóricamente hablando, claro está) si ponía atención a las conversaciones que entablaban en el bar citado gente llana y muy agradable como, por ejemplo, el Corredor Tirantes, Galo el Barbero, Juanito Lanchas o Nicolás, el Pajarero, con Fulgencio, Morales, o mi padre, en paz descansan, por citar contertulios asiduos a la taberna. Allí el tiempo pasaba de un modo diferente, de una manera más lenta y más melosa que en otros lugares de la localidad. O, al menos, yo lo veía de ese modo. El tiempo allí parecía deshilacharse en hebras azules para hilarse a las miradas y a las voces sencillas de gente memorable que hacían deliciosa la tarde o la mañana de cualquier vecino que acudiera allí. A veces cierro los ojos, abro con fuerza las ventanas del alma, me concentro unos segundos y veo al dueño del bar, Emilio Urbano, bromeando conmigo o cualquier otro niño de mi barrio, chavales pequeños que acudíamos a la taberna junto a nuestros padres, como era el caso de Morales, Francisco José, el chache Quico o yo. Al dueño del bar, y a Angelita, su mujer, les gustaba mucho bromear con contertulios habituales como

Cirilo, en paz descanse, el barbero Galo, o “Rabanete el enterraor”. A éste último, en ocasiones, lo sentaban, como era pequeño de estatura, un alfeñique, en la barra del bar y lo invitaban a una cerveza o un chato de vino, aquel Montilla Carbonell que Emilio servía con agradable desparpajo, portando su paño blanquísimo en el hombro y exhalando una suave sonrisa a los presentes que agradecían siempre su atención.

De la Bodega guardo intactas en mi memoria decenas de anécdotas; mas no quiero extenderme. Solo recordaré un par de momentos que, en su día, tuvieron para mí un significado de alguna manera emotivo y singular: en el primero de ellos no intervine, sino que en él estuve casualmente y participé como un mero espectador. Más que de un momento, o instante extraordinario, solo se trata de una curiosa imagen donde aparece Galo, el buen barbero que pelaba a la chiquillería del Verdinal, derramado en el suelo gris de la taberna y, enseguida, lo veo levantarse muy despacio, con una elegante y cuidada parsimonia para colocarse sin prisa su boina y preguntar sonriendo a los presentes: “Digo yo y pregunto, el por qué se me pega a mí”. Luego más tarde mi padre me explicó los motivos por los que Galo cayó al suelo tras haber insultado a uno de los allí presentes obteniendo, como respuesta, un puñetazo. Pero ese es un tema esquinado y farragoso, como suele decirse “harina de otro costal”.

El segundo momento que me ata a la Bodega, y aquí sí intervine como protagonista, ocurrió años antes de la anécdota citada; pero aún lo recuerdo con inmensa nitidez. En la escena aparezco junto a mis amigos inseparables, Antonio, Lolo y Caco, hijos de Bibiana, y nos veo a los cuatro bebiendo entusiasmados unos deliciosos refrescos de naranja, de marca Colín, a los que nos había invitado Emilio. Aún recuerdo el rincón exacto en que apuramos en muy poco tiempo (menos de un cuarto de hora) ocho o diez botellines que el dueño del bar nos regaló con gran regocijo, incluso bromeando, sin poder imaginarse lo que iba a pasar luego. Y lo que pasó luego de bebernos los refrescos de sabor a naranja

es que estaban caducados. Ya nos lo había advertido el propio Emilio; si veis que están malos o saben mal no os los bebáis. Pero aquellos “colines” estaban deliciosos. Nos contemplo sentados en el corral de la Bodega, levemente amparados por la sombra de una parra que nos protegía aquel ocre mediodía de finales de julio del áspero calor que hacía en todo el barrio del pozo El Verdinal. Como suele ocurrir en cualquier celebración, en el breve convite hubo un protocolo. El primero que apuró el primer refresco de un trago muy rápido fue quien escribe esto; después, mis amigos tomaron su ración, y, aunque los “colines” estaban calentones, nos bebimos muy a gusto un par de ellos cada uno. Y recuerdo que el último que sobró en la caja, se lo dimos a Caco, el más pequeño y revoltoso de nuestra pandilla. Y lo paladeó despacio, como si se tratase de un manjar. Así que, al menos en principio, el breve ágape aparentaba marchar bastante bien. Y lo terminamos con gran satisfacción.

Lo peor llegó luego, entrada ya la tarde, cinco o seis horas después del festolín, cuando los dolores de tripa nos asaltaron y acabamos los cuatro con una indómita diarrea que nos tuvo encerrados en casa varios días, hasta que el asunto se normalizó. Cada vez que cruzo al lado del lugar donde se ubicaba antaño la Bodega de mi añorado y querido Emilio Urbano, me viene la imagen nítida de aquel día de los dichosos refrescos de naranja y a esta escena se unen otras muchas más anécdotas en las que se mezclan y confunden varias voces, decenas de rostros, gestos, miradas y sonrisas de amigos y vecinos que visitaban la taberna en los años 60, a mitad del siglo XX, cuando yo era pequeño y aprendí, sin darme cuenta, rodeado de amor y una sutil felicidad, que el cielo de los humildes y los sencillos, de la gente de pueblo amable y familiar, se hallaba flotando en el aire de aquel sitio, la Bodega de Emilio Urbano, junto al pozo, o en la inolvidable casa de Bibiana, y otros muchos rincones de mi barrio, El Verdinal.

Alejandro López Andrada

